

# Cuadernos del Concilio 2



DICASTERIO PARA LA EVANGELIZACIÓN  
SECCIÓN PARA LAS CUESTIONES FUNDAMENTALES  
DE LA EVANGELIZACIÓN EN EL MUNDO

LA REVELACIÓN COMO PALABRA DE DIOS  
(DV 1-5)



**CEM**

Conferencia del **Episcopado** Mexicano

# **Cuadernos del Concilio**

**La revelación como Palabra de Dios  
(DV 1-5)**

**Rino Fisichella**

## Conferencia del Episcopado Mexicano, A.R.

Prol. Misterios 26, Tepeyac Insurgentes,  
alcaldía Gustavo A. Madero,  
C. P. 07020, Ciudad de México  
Tel. 55 57 81 84 62  
www.cem.org.mx

Los volúmenes de esta serie fueron editados por el «Dicasterio para la Evangelización. Sección para las cuestiones fundamentales de la evangelización en el mundo».

D. R. © 2023 Conferencia del Episcopado Mexicano, A.R.  
D. R. © 2022 by Dicastero per l'Evangelizzazione Sezione per le questioni fondamentali dell'evangelizzazione nel mondo  
Derechos cedidos a la Conferencia del Episcopado Mexicano para su publicación  
Director de la edición en castellano: Juan Carlos Casas García

## Cuadernos del Concilio 2

### La revelación como Palabra de Dios (DV 1-5)

Autor: Rino Fisichella

Primera edición (castellana) 2023

ISBN: 978-607-7837-44-2

## Editorial NUN

Es una marca de Editorial Notas Universitarias, S. A. de C. V.  
Xocotla 17, Tlalpan Centro II, alcaldía Tlalpan,  
C. P. 14000, Ciudad de México  
www.editorialnun.com.mx

El contenido de este libro es responsabilidad del autor.

Derechos reservados conforme a la ley. No se permite la reproducción total o parcial de esta publicación, ni registrarse o transmitirse por un sistema de recuperación de información, por ningún medio o forma, sea electrónico, mecánico, fotoquímico, magnético o electro-óptico, fotocopia, grabación o cualquier otro sin autorización previa y por escrito de los titulares del Copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 242 y siguientes del Código Penal).  
Impreso en México.

# ÍNDICE

<b>Capítulo 1: La Palabra de Dios</b>	9
Dios habla	11
Dios se revela	13
Jesús, el cumplimiento de la revelación	18
<b>Capítulo 2: Palabra escrita</b>	21
La única fuente	21
La Palabra entra en las culturas	24
<b>Capítulo 3: La respuesta a la Palabra de Dios</b>	27
La escucha	27
La triple respuesta	30
<b>Capítulo 4: La Palabra de Dios corre</b>	33
La carrera	33
La evangelización	35
<b>Dei verbum 1-5</b>	39
Prefacio	39
Naturaleza y objeto de la revelación	39
Preparación de la revelación evangélica	40
Cristo completa la revelación	40
Acoger la revelación con fe	41

# CUADERNOS DEL CONCILIO

1. El Concilio Vaticano II: historia y significado para la Iglesia

## *Dei Verbum*

2. La revelación como Palabra de Dios (DV 1-5)

3. La Tradición (DV 7-10)

4. La inspiración (DV 11-13)

5. La Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia (DV 21-26)

## *Sacrosanctum Concilium*

6. La liturgia en el misterio de la Iglesia (SC 1-2. 7-13)

7. La sagrada Escritura en la liturgia (SC 24-35)

8. Vivir la liturgia en parroquia (SC 40-46)

9. El misterio eucarístico (SC 47-58)

10. La Liturgia de las Horas (SC 83-101)

11. Los Sacramentos (SC 59-81)

12. El Domingo (SC 106)

13. Los tiempos fuertes del Año Litúrgico (SC 102. 109-111)

14. La música en la liturgia (SC 112-121)

## *Lumen gentium*

15. El misterio de la Iglesia (LG 1-5)

16. Las imágenes de la Iglesia (LG 6-8)

17. El pueblo de Dios (LG 9-16)

18. La Iglesia es para la evangelización (LG 17)

19. El papa, los obispos, los sacerdotes y los diáconos (LG 18-29)

20. Los laicos (LG 30-38)

21. La vida consagrada (LG 43-47)

22. La santidad, vocación universal (LG 39-42)

23. La Iglesia peregrina hacia la plenitud (LG 48-51)

24. María, la primera de las creyentes (LG 52-69)

## *Gaudium et spes*

25. La Iglesia en el mundo de hoy (GS 1-3)

26. El sentido de la vida (GS 4)

27. La sociedad de los hombres (GS 23-32)

28. Autonomía y servicio (GS 33-45)

29. La familia (GS 47-52)

30. La cultura (GS 53-62)

31. La economía y las finanzas (GS 63-72)

32. La política (GS 73-76)

33. El diálogo como instrumento (GS 83-93)

34. La paz (GS 77-82)

## LA PALABRA DE DIOS

Cuando el 18 de noviembre de 1965 los 2.350 obispos presentes en el concilio fueron invitados a expresar su juicio final, eran muy conscientes de que este era un momento histórico. La Constitución que tenían que votar tenía el título de «dogmática» y comprometía a cada uno de ellos de una manera muy particular, porque el contenido de ese documento tocaba el corazón mismo de la fe y el fundamento de la vida de la Iglesia. El texto en cuestión había sido presentado inmediatamente al comienzo del concilio, pero la redacción propuesta no había satisfecho de ningún modo a la mayoría de los obispos. Al menos ocho redacciones habían seguido en el transcurso de los tres años hasta llegar al esquema final que los obispos tenían en sus manos ese día. El camino recorrido había recibido sus peticiones y ahora finalmente la *Dei Verbum* estaba esperando el resultado final. Fue un verdadero plebiscito. Los votos a favor, *placet* en la lengua estrictamente latina, fueron 2.344, mientras que los opuestos, *non placet*, sólo 6. El papa Pablo VI con su autoridad promulgó la Constitución dogmática que, como es costumbre en los textos del Magisterio, tomó su nombre de sus dos primeras palabras *Dei Verbum*, la Palabra de Dios.

Se puede afirmar verdaderamente que, a partir de ese momento, comenzó un auténtico cambio de rumbo, no sólo para

la teología, sino sobre todo para la vida de los cristianos. Sin exagerar, los obispos habían producido el documento más bello del concilio que, aún hoy, décadas después, fascina y suscita continuamente nuevas reacciones cuando se profundiza cada vez más en sus contenidos. Las novedades que salieron a la luz fueron tan numerosas que sólo el paso de los años nos permite comprobar con coherencia cuánto se ha recibido y cuánto aún no se ha expresado, sin olvidar, por supuesto, algunos límites que todo texto producido por manos humanas trae consigo. Reflexionar sobre la *Dei Verbum*, por lo tanto, equivale, en efecto, a recorrer toda la historia del Concilio Vaticano II. Unos cien años después del concilio anterior, el Vaticano I, se logró definitivamente dar un gran paso adelante que llevó a término décadas de estudios y profundizaciones de los temas fundamentales de la fe. Por estas razones, no es erróneo afirmar que la última Constitución aprobada por el Vaticano II es el fundamento y el horizonte sobre el cual debe leerse e interpretarse toda la enseñanza conciliar. En virtud de este documento, se puede argumentar que los creyentes han redescubierto el verdadero rostro de Dios y han recuperado la familiaridad con la Sagrada Escritura. Estas dos condiciones, de hecho, son necesarias para dar un testimonio inteligente de la fe en el mundo contemporáneo y, sobre todo, para alimentar de manera coherente la obra de evangelización que es más urgente que nunca en esta coyuntura histórica.

Si se quiere conocer el acontecimiento de la revelación cristiana, por lo tanto, es necesario acercarse a la *Dei Verbum*. La Constitución entra directamente en el complejo tema de cómo es posible que Dios se dé a conocer y cómo se comunica. Se trata de los contenidos fundamentales de la transmisión de la fe, la inspiración de la Sagrada Escritura y su composición histórica para, finalmente, confluir en la vida de la Iglesia con referencia a la Palabra de Dios.

### *Dios habla*

Uno de los hechos más emocionantes en la historia de las religiones es, ciertamente, el de verificar cómo el hombre se ha relacionado con Dios. Una mirada a la antigua Grecia es suficiente para entender cómo el mito fue capaz de transmitir esta relación. Zeus y los diversos dioses de la corte divina no sólo hablan entre sí en el Olimpo, sino que se dirigen a los hombres y junto a ellos mantienen diversos tipos de relaciones. El garante supremo de todo es el Destino que, al tiempo que impide que alguien tome acciones que no están predeterminadas, limita la libertad de todos al circunscribir su vida e historia.

No es así con la historia de Israel. El llamado de Abraham tiene las características peculiares de una iniciativa libre e insondable de Dios que pide al patriarca un acto de confianza y obediencia: «El Señor le dijo a Abram: “Vete de tu tierra, de tu parentela y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te indicaré. Haré de ti una gran nación y te bendeciré, engrandeceré tu nombre y que puedas ser una bendición. Bendeciré a los que te bendigan, y maldeciré a quienes te maldigan, y en ti serán benditas todas las naciones de la tierra”. Entonces Abram partió, como el Señor le había mandado» (Gn 12,1-4).

De esta manera, la historia bíblica comienza como una historia de revelación que comprende etapas importantes. El primer rasgo que se puede reconocer es la conversación permanente entre Dios y los hombres a la luz de una promesa. Los diversos acontecimientos históricos determinarán de cuando en cuando esta relación hecha de fidelidad y traiciones, donde, sin embargo, nunca viene a menos la fidelidad a la promesa y la confianza en su cumplimiento. Toda esta historia es una preparación para la revelación que encontrará su culmen en Jesús de Nazaret. El Hijo de Dios cumple la promesa y revela el verdadero rostro de Dios como un Padre amoroso.

En esta larga historia de la revelación, el medio privilegiado con el que Dios se dirige al pueblo y a los individuos sigue siendo el de la “palabra”.

Ella indica siempre la modalidad de la revelación que permite conocer progresivamente la voluntad de Dios y su plan con el que busca salir al encuentro de la humanidad. En los libros del Antiguo Testamento la “palabra” se expresa con el término hebreo *dabàr*, que indica al mismo tiempo el acto de hablar y el contenido. En la simplicidad del término, *dabàr* manifiesta los pensamientos, las intenciones, las ideas, el ser y personalidad de quien habla. En resumen, dicho término contiene una visión profunda del hombre. No se puede olvidar, de hecho, que el componente calificador de la persona es su hablar. Con la “palabra”, cada uno se construye y se expresa en su relación con los demás y con el mundo. No es exagerado decir que lo que constituye la existencia personal, al grado de diferenciarla de toda creación, colocándola en la cima, es esencialmente la “palabra”.

Nunca como ante el lenguaje, el hombre experimenta la grandeza y el límite de su ser: está abierto a espacios infinitos en el descubrimiento de nuevas expresiones, y su palabra vive más allá de sí mismo; sin embargo, está en deuda con los demás por su propio lenguaje. Nada como el lenguaje, además, permite comprobar la experiencia de gratuidad y dependencia que se vive. La naturaleza misma, como se sabe, impone un tiempo exclusivo de escucha para que el niño pueda aprender a hablar. Con la “palabra”, en efecto, cada uno comprende que está íntimamente vinculado y comprometido con el pasado que le precedió, pero al mismo tiempo siente la responsabilidad de transmitir, a su vez, creando nuevas formas de lenguaje. En suma, la “palabra” se convierte en el lugar de la comunicación interpersonal y el espacio concreto para la propia realización. Hablando cada uno se conoce, y mientras entra en comunicación con los demás, aumenta el conocimiento de sí mismo y del mundo.

Esta riqueza de conocimiento nos hace entender por qué Dios usa la “palabra” para revelarse. Ella sirve para entrar en una real comunicación con los hombres tocando la especificidad de la existencia humana. Dios, por lo tanto, habla porque para los hombres este es el modo de conocer y entender.

Hay, sin embargo, algunos aspectos peculiares. Cuando Dios pronuncia su “Palabra”, ésta posee el poder de crear y manifiesta una eficacia única. Las primeras expresiones que se encuentran en las páginas iniciales de la Biblia lo dicen con claridad: «Dios dijo: “Hágase la luz”. Y la luz se hizo» (Gn 1,3). Y enseguida toda la creación es interpretada como el fruto de la “palabra” que Dios pronuncia. Del mismo modo, su “Palabra” tiene una intensidad tal que la hace definitiva y fecunda. Así lo interpreta el profeta Isaías cuando escribe: «Así será de la palabra salida de mi boca: no volverá a mí sin efecto, sin haber realizado aquello que deseo y sin haber cumplido aquello para lo que la envié» (Is 55,11).

Decir, por lo tanto, que Dios usa la “Palabra” es también afirmar que Dios habla. Esto significa sostener que Él sale del silencio y en su amor se dirige a la humanidad. El hecho de que Dios hable implica que tiene la intención de comunicar algo íntimo y absolutamente necesario para el hombre, sin lo cual nunca podría llegar a un conocimiento pleno de sí mismo o del misterio de Dios. Retomando el inicio de la Carta a los hebreos, la *Dei Verbum* enfatiza que Dios “habló”. El tiempo del verbo en perfecto no es, en absoluto, aleatorio. En el griego bíblico, cuando se usa, se pretende indicar que la acción está en el pasado, pero los efectos siguen presentes hasta hoy. El hecho de que Dios haya hablado, por lo tanto, no es para nosotros un evento cerrado en el pasado de la historia; más bien es una acción que permanece. Dios sigue hablando a su Iglesia para abrirle los tesoros ocultos de la revelación e introducirla en el significado cada vez más profundo de la verdad revelada.

#### *Dios se revela*

La “Palabra” sirve a Dios para “revelarse”. Este verbo es fundamental no sólo para la historia del cristianismo. En torno al tema de la revelación, en efecto, se condensan las tres grandes religiones monoteístas –judaísmo, cristianismo e islam– que testimonian la iniciativa de Dios sobre toda pre-

tensión humana. El verbo “revelar” y el sustantivo “revelación” se derivan del griego (*apokalypto-apokalypsis*) y expresan un importante valor que no siempre se enfatiza. En su significado más inmediato, “revelar” significa literalmente “quitar el velo” que mantiene algo oculto para impedir que se conozca en cuanto que está “velado”. En el momento en que se “quita” el velo, el objeto se presenta como cognoscible y puede ser analizado por la razón para descubrir cuán importante puede ser. El verbo “revelar”, sin embargo, también tiene un segundo significado: “volver a velar”, volver a poner el velo sobre el objeto. En este caso, lo que se había revelado, ahora está “re-velado”. No es un juego de palabras, sino un intento de expresar la grandeza del Misterio. La revelación de Dios posee en sí misma los rasgos de este movimiento dialéctico que continuamente revela y cubre, para permitir que la revelación pueda siempre ser libre para expresarse a sí misma y que el hombre pueda entrar cada vez más en su profundidad. El Misterio revelado, por lo tanto, permite comprender algunos aspectos de lo que Dios quiere dar a conocer, y los muestra claramente para que la razón pueda analizarlos. Esto, sin embargo, es de nuevo “velado”, porque la razón no logra comprender la totalidad y, por lo tanto, mientras es provocada a ir siempre más allá de lo que comprende, está igualmente invitada a abandonarse al Misterio, porque es demasiado grande.

La *Dei Verbum* presenta así la revelación como la iniciativa gratuita de Dios que entra en relación con el hombre. A éste le corresponde la obediencia de la fe, que es el abandono total al Misterio de Dios que se revela. La historia es el escenario en el que se produce este encuentro inefable y es también el lugar donde se transmite a lo largo de los siglos y se da a conocer. Con una expresión tan sencilla como inmediata, la *Dei Verbum* expresa, a este respecto, la enseñanza de dos mil años de historia: «A Dios le agradó en su bondad y sabiduría revelarse personalmente y manifestar el misterio de su voluntad» (DV 2). En pocas palabras, se esbozan las grandes líneas innovadoras típicas de la teología del concilio. Este texto, de hecho, es una cita de la

Constitución del Concilio Vaticano I *Dei Filius*; sin embargo, con un simple cambio de términos, se presenta un horizonte de significado que no es en absoluto de segunda categoría. A diferencia del Vaticano I, aquí la “bondad” se anticipa a la “sabiduría” y los “decretos” son sustituidos por el “misterio”. Sólo una lectura ingenua puede concluir que el cambio no tenga significado. El cambio terminológico, de hecho, indica la recuperación de la primacía de la Sagrada Escritura y la Tradición. Dios se revela ante todo por su amor, y la revelación permanece como un Misterio que espera ser revelado.

El texto, sin embargo, va más allá e indica también el modo en que Dios se revela: «en su gran amor habla a los hombres como amigos y conversa con ellos» (DV 2). Como puede verse, la revelación consiste en el “hablar” de Dios con los hombres como si fueran verdaderos “amigos” conocidos desde hace mucho tiempo. Lo que se dice más adelante, sin embargo, posee rasgos maravillosos: Dios “se entretiene” con nosotros. Su discurso no es apresurado y ni siquiera alterno debido a la fatiga. Estamos tan acostumbrados a tener una relación a menudo instrumental con las personas que ya no notamos la prisa que ponemos en nuestras conversaciones. Ahora un breve mensaje de texto a través de *WhatsApp* es suficiente para terminar incluso con una relación amorosa. Descubrimos que Dios no es como nosotros. Qué tan decisivo puede ser el verbo “entretenerse” se confirma por su referencia al evangelio de San Juan, donde el verbo “permanecer” tiene un valor paradigmático. En resumen, la *Dei Verbum* enseña que Dios no sólo habla con los hombres, sino que permanece con ellos durante mucho tiempo; permanece para compartir alegrías y tristezas y dar a la vida su pleno significado que no se podría encontrar en otro lugar. El concilio no tuvo miedo de utilizar las categorías del personalismo para hacer comprender el misterio de la revelación. Lo que se expresa, de hecho, es el carácter personal del diálogo que posee los rasgos de la amistad. Esto implica que la comunicación toca al hombre en lo más íntimo de su ser, porque lo involucra en una relación de amor que implica la plena y verdadera comunión, alcanzando a cada uno en

su historia para serle cercano. En pocas palabras, la revelación tiene como fin principal el compartir la vida de Dios. Aquí se utiliza el término decisivo para la fe cristiana de “comunidad”, que implica una relación de amor con un compartir total de la existencia. Con su revelación, Dios deja claro que quiere encontrarse con el hombre con el único propósito de salvarlo, es decir, de hacerlo capaz de una comunión de vida con Él.

Es necesario leer las siguientes palabras de este texto para darse cuenta de una enseñanza adicional: «Esta economía de revelación comprende hechos y palabras íntimamente ligados» (DV 2). La insistencia en la “palabra” podría hacer perder de vista la globalidad del lenguaje, que no se reduce al solo discurso hablado. Enfatiza, en efecto, que el acontecimiento de la revelación se extiende más allá del hablar, incluyendo también el “ver”, el “oír”, el “tocar”, el “contemplar”, el “dar ejemplo”, el “transmitir”, el “vivir”... En definitiva, todo lo que implique la acción de los “gestos” que se realizan. Como se ve, la intención es mostrar que el lenguaje de la revelación es global; no sólo las palabras, sino también los gestos y signos son esenciales para descubrir lo que Dios quiere dar a conocer. Sin esta perspectiva más amplia y unitaria del lenguaje se correría el gran riesgo de limitar la revelación a la forma de comunicación más conveniente para nosotros los occidentales, traicionando las formas más originales con las que Dios se da a conocer. Lo que es decisivo, por lo tanto, es la necesidad de mantener el sentido de la “palabra” en su globalidad, como si se quisiera indicar la unidad de la persona en su expresión.

Con la expresión “Palabra de Dios”, el concilio no entiende un “hablar” genérico del Padre, sino que expresa el acontecimiento definitivo de su intervención en la historia: el misterio de la encarnación del Hijo. Él es la Palabra que desde siempre fue pronunciada y que ahora también se hace visible. La “Palabra de Dios”, por lo tanto, se identifica con la propia revelación de Dios a la humanidad. Lo que se ha dado a conocer a los hombres es la Palabra, el Logos, el Verbo, la vida eterna... todos términos que se refieren

a la idea central y fundamental: la persona de Jesucristo. Es toda la vida de Dios la que ha sido revelada en la persona de Jesús; la Trinidad se expresa en las palabras y los gestos de Jesús de Nazaret. Él es el revelador del Padre y al mismo tiempo su revelación. Esto se realiza no sólo mediante su predicación, sino también a través de los gestos que realiza. La sola predicación, en efecto, no es suficiente; requiere ir acompañada de signos que atestigüen su plena eficacia. La “voz” que se escuchaba en el pasado ahora tiene un contenido y se convierte en “palabra”. Para resumir la hermosa expresión de san Agustín: Juan el Bautista es la “voz”, mientras que Jesús es la “palabra”. Sólo Él, de hecho, contiene dentro de sí la voz, el contenido de la palabra y el significado que posee; Él es el Logos. El hecho fundamental que cambia la historia dándole una orientación diferente es precisamente este: en Jesucristo Dios habla de manera plena y definitiva a la humanidad.

La revelación adopta, por tanto, la característica de un verdadero diálogo que Dios entabla con los hombres a través de Jesucristo, el Verbo hecho carne. El orden mismo utilizado por los padres conciliares es significativo para la correcta interpretación de la Constitución: en primer lugar, es Dios que en su libertad elige el momento y los modos de revelar el misterio de su propia vida. Luego sigue la persona de Jesucristo, que constituye el culmen de la revelación, porque de una vez por todas Dios habla a los hombres haciéndose Él mismo hombre y usando el lenguaje humano. Por último, la atención se pone sobre el hombre, el destinatario de la revelación, porque está llamado a la vida de comunión con Dios, es decir, a su salvación. No es posible invertir este orden; ello equivaldría a socavar desde dentro el hecho mismo de la revelación, como ha sido presentado por el concilio. La originalidad de la Palabra de Dios no puede ser sometida a la interpretación humana. Dios debe permanecer en su esfera de libertad, y luego elegir y decidir qué revelar y el modo mismo en cómo hacerlo. Si Dios quiere revelarse, es porque tiene la intención de comunicar algo que los hombres nunca podrían conocer por sí mismos. Esta primacía no puede ser socavada por la presunción humana.

*Jesús, el cumplimiento de la revelación*

El Nuevo Testamento presenta aspectos muy originales cuando trata el tema de la “palabra”. La palabra hebrea *dabâr* se traduce al griego como *logos*. El evangelista San Juan interpreta la novedad absoluta que se introduce cuando inicia su evangelio con esta expresión: «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios» (Jn 1,1). Un texto asombroso, porque manifiesta tal singularidad que no tiene comparación con toda la literatura anterior. Las interpretaciones durante estos dos mil años son tantas que confirman la riqueza inagotable contenida en el término Logos aplicado a Jesús de Nazaret. En tres expresiones se concentra el intento de expresar en términos humanos el culmen del misterio de Dios que se revela, permitiendo alcanzar no sólo el conocimiento de su naturaleza íntima, sino, sobre todo, la invitación a la comunión de vida con Él.

El prólogo joánico manifiesta una originalidad irrefutable respecto a los escritos anteriores porque aquí el Logos se encarna y se hace hombre. En la personificación del Logos se hace evidente la fe de la comunidad primitiva, que en Jesús de Nazaret había experimentado de primera mano la presencia del Hijo de Dios, y el papel que desempeñaba como revelador del Padre. La decisión del Logos de hacerse “carne” corresponde a la última posibilidad ofrecida a los hombres para conocer la verdad sobre Dios. Jesús de Nazaret, por lo tanto, plena y realmente “Palabra de Dios”, se somete a la experiencia humana y se convierte en “lenguaje” de revelación. Se puede afirmar, por lo tanto, que hubo un tiempo en que la “Palabra de Dios” fue niña, adolescente, joven y adulta, revelando de manera correspondiente el único rostro del Padre. La totalidad de esta “Palabra”, la que ha quedado escrita definitivamente y la gran parte que no se puso por escrito, es lo que constituye para nosotros la revelación de Dios. En las palabras y gestos de Jesús de Nazaret, Dios encuentra al hombre de la manera más expresiva y comprensible. Respeta en todo la complejidad del lenguaje humano porque

es hombre entre los hombres, pero añade algo que parece paradójico: lo definitivo. Sólo Él puede decir: «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán» (Mt 24,35).

Su Palabra, por lo tanto, se convierte en el criterio último para acceder al Misterio de Dios y cada uno se juega la propia vida en aceptarla o rechazarla. Es una vez más el evangelista San Juan quien permite acceder a esta interpretación. Él pone el núcleo de su evangelio en torno al tema de la fe o la incredulidad a través de la aceptación o el rechazo del Hijo de Dios. En el Logos, que se hace hombre, se encuentra verdaderamente Dios, y la existencia personal encuentra la luz para comprender su propio enigma existencial. La referencia al hecho de que Dios, a través de su Logos, viene a “habitar” entre los hombres sólo reafirma la idea de su presencia permanente. La encarnación es un acontecimiento único e irrepetible, pero sus efectos perduran para revelar la cercanía permanente de Dios con la humanidad. La Palabra con su poder revelador permanece hasta el fin de los tiempos, mostrando siempre el rostro misericordioso del Padre.

Es interesante observar que con su propio lenguaje Jesús incita a descubrir los rasgos fundamentales de la revelación. Basta con analizar las tres formas estructurales del lenguaje personal para descubrir el uso que Jesús hace de él en vistas de su revelación. La palabra expresa (yo), interroga (tú) y narra (él). Jesús habla de sí mismo en primera persona, afirmando contenidos que, a primera vista, parecen producidos por un modo de arrogancia, mientras que en cambio se refieren a lo que él ha oído y visto del Padre. Él, además, manifiesta abiertamente la propuesta de decidirse por él y seguirlo, porque es consciente de ser la respuesta definitiva a la pregunta sobre el sentido de la vida. Finalmente, con su vida narra y explica la vida misma de la Trinidad como el misterio del amor que nunca tendrá fin. La revelación se hace así comprensible para el hombre, porque iluminando el misterio de Dios, cada hombre vuelve al centro de sí mismo, a su misterio que percibe y comprende.

El Logos de Juan, por lo tanto, es mucho más que una “palabra”; es la Persona divina que en un determinado momento de la historia de la salvación se hace hombre sin dejar de ser Dios. Su presencia en medio de nosotros expresa la cercanía de Dios y el ofrecimiento de acoger en nosotros la misma vida divina como condición para una existencia en comunión con el Padre y los hermanos. Después de haberse manifestado de tantas maneras diferentes en el curso de la historia, en Jesucristo Dios se revela en su plenitud. No hay posibilidad de comparación con las expresiones anteriores, porque Jesús habla directamente el lenguaje de Dios y el de los hombres. Él es al mismo tiempo Revelador y Revelación. En Él se reconoce la síntesis que nunca antes ni en el futuro podrá expresarse para alcanzar el Misterio de Dios. La *Dei Verbum* afirma esto con una originalidad propia, diciendo: «Jesucristo, por lo tanto, el Verbo hecho carne, enviado como “hombre a los hombres”, “habla las palabras de Dios” y lleva a término la obra de salvación que le ha confiado el Padre. Por lo tanto, él, viendo al cual también se ve al Padre, por el hecho mismo de su presencia y por la manifestación que hace de sí mismo con las palabras y con las obras, con los signos y con los milagros, y especialmente con su muerte y resurrección de entre los muertos y, finalmente, con el envío del Espíritu de verdad, realiza y completa la Revelación» (DV 4).

Toda la vida de Jesucristo, por lo tanto, es la revelación de Dios. Más allá de su palabra y de sus signos, no es posible encontrar ningún otro conocimiento coherente del Misterio de Dios. Por esta razón, no es en absoluto presuntuoso afirmar que después de Jesucristo ninguna otra revelación podría agregar o quitar nada a lo que Él ha revelado. Al comprometerse directamente con el Hijo, Dios no quiere expresar ninguna otra forma en la cual revelar su propio Misterio de amor y su propio proyecto de salvación. Por lo tanto, la irreversibilidad de la revelación se conjuga con su carácter definitivo. A nadie se le puede pedir que dé su asentimiento de fe confiando en otras supuestas revelaciones. Si esto sucediera, sólo pueden estar en conformidad con la única revelación de Jesucristo y juzgadas por ella para comprobar si aportan una contribución a la vida de fe de la Iglesia.

## PALABRA ESCRITA

### *La única fuente*

Cuando se habla de la revelación, una pregunta necesaria es: ¿cuáles son las fuentes para saber si Dios realmente se ha revelado? La *Dei Verbum* no elude esta cuestión, por el contrario, presenta una respuesta que permite comprobar no sólo la superación de siglos de diatriba teológica, sino sobre todo la peculiar originalidad que surgió del concilio, especialmente cuando se compara con los concilios de Trento y Vaticano I. La teología anterior identificaba dos fuentes a las cuales referirse: la Sagrada Escritura y la Tradición. El gran problema sin resolver, sin embargo, era entender cómo ambas fuentes se comunicaban entre sí y hasta en qué medida contenían la revelación. Las respuestas fueron muy variadas. Algunos argumentaron que una parte estaba contenida en la Sagrada Escritura y otra parte en la Tradición, haciendo surgir más preguntas sobre la consistencia del contenido revelado en una y otra. En definitiva, una maraña que parecía irresoluble haciendo surgir una fractura en la misma revelación. Recuperando la tradición patrística y medieval, la *Dei Verbum* dio un verdadero paso adelante y propuso la unicidad de la fuente. La Sagrada Escritura y la Tradición no son más que la única Palabra de Dios transmitida en diferentes formas.

La Constitución conciliar sorprende una vez más porque centra todo en la Palabra de Dios. Ésta, sin embargo, no puede identificarse sólo con la Sagrada Escritura; si así sucediera, habría un empobrecimiento de la revelación y tendría consecuencias perjudiciales también para la vida de la Iglesia. Para entender lo que está en juego, es necesario analizar el lenguaje utilizado por la *Dei Verbum*. Quien quiera aventurarse en este ejercicio descubrirá algo extremadamente interesante. Los dos términos que siempre se usan para describir la Escritura y la Tradición nunca se refieren a nada “escrito”. Cuando se define la Sagrada Escritura, se dice que es “palabra” (*locutio*, en latín), es decir, algo que se dice y no se escribe. Al usar este término, está claro que los padres conciliares estaban pensando en el modo en que Dios se ha revelado; precisamente con su “palabra”, no escribiendo algo. Cuando se describe la Tradición, es decir, la transmisión del Evangelio, se encuentra uno con el término “Palabra” (*verbum*, en latín).

Como puede verse, en uno y en otro caso se utiliza una terminología que indica una realidad viva, en movimiento, como es típico de la palabra. Lo que la Constitución quiere indicar es que la Sagrada Escritura vive en la vida de la Iglesia, que la hace siempre actual con su anuncio y no se cansa de proponerla de nuevo como Palabra inmutable de revelación, a través del cual Dios no cesa de hacer escuchar su propia voz para introducir a los creyentes a la verdad entera. Lo mismo se dice de la Tradición, que consiste en una transmisión viva de hechos, acontecimientos, palabras, ritos, gestos y costumbres que desde la época de los Apóstoles se han comunicado oralmente. Por otra parte, todo el mundo sabe que el contenido de los evangelios, antes de ser escritos, se transmitió verbalmente, custodiado en la memoria y transmitido de una comunidad a otra, según los acontecimientos que cada una de ellas vivía. En suma, la “palabra” permite una vez más evidenciar la dimensión dinámica de la revelación que nunca podrá considerarse como un fósil de épocas remotas.

No está por demás, en este contexto, referirse a la reflexión que Tomás de

Aquino hizo en su *Summa Theologiae* precisamente con relación a la pregunta de por qué Jesús no había escrito nada. En su respuesta, Santo Tomás saca a relucir el profundo sentido de entender la revelación como Palabra de Dios. Dice, en efecto, que Jesús no escribió por al menos tres razones: en primer lugar, porque fue un gran maestro y, como tal, quería que su enseñanza quedara grabada en el corazón de sus discípulos. Además, por su profundidad, que no podría haber encontrado en la escritura un espacio adecuado a la riqueza que posee. Finalmente, para que se creara un orden en la transmisión: de él a sus discípulos y de éstos a todos a través de las formas que encontrarían para dar orden a su enseñanza (*Summa Theologiae* III, 42, 4). Las razones del gran teólogo tienen un valor que aún hoy ha sido subrayado por las recientes reflexiones filosóficas. Piénsese, por ejemplo, en el tema de la «jaula del lenguaje» con la que Ludwig Wittgenstein describe la imposibilidad para el lenguaje de decir todo; o en la eficacia que toda enseñanza auténtica produce en las personas, incitándolas a reflexionar y, por lo tanto, a conservar en sí mismas la enseñanza recibida. El hecho de que Jesús no haya escrito nada, por lo tanto, mantiene firme el carácter vivo de su palabra y no deja espacio a ninguna forma de fundamentalismo. Sólo en este punto se cierra el círculo de la relacionalidad de la Palabra de Dios: la revelación es confiada a la Iglesia, la cual, a través del ministerio “vivo” de los sucesores de los Apóstoles, no sólo la transmite, sino que la interpreta «auténticamente [...] enseñando sólo lo que ha sido transmitido» (DV 10). En definitiva, la Palabra de Dios vive de una unidad indisoluble que permite considerar la Sagrada Escritura, la Tradición y el Magisterio como una fuente perenne a la cual recurrir para conocer la verdad de la revelación.

Como se puede observar, la grande y justa preocupación de la *Dei Verbum* es poner de manifiesto el carácter vivo de la “Palabra de Dios”, que implica la fe de la Iglesia y de los creyentes. En virtud de esto, es útil enfatizar que el cristianismo nunca podrá ser identificado como la “religión del libro”. Esta expresión no es correcta, porque corre el grave riesgo de reducir todo

a la Sagrada Escritura. Ciertamente, ésta sigue siendo para la Iglesia, junto con la Tradición, la «regla suprema de su fe» (DV 21) y, sin embargo, nunca debe reducirse al sólo texto escrito. La Palabra posee un primado tal que no permite ningún equívoco y salvaguarda a la fe de caer en formas de fundamentalismo siempre presentes cuando la referencia es sólo al texto escrito.

### *La Palabra entra en las culturas*

Surge, en este contexto, el problema inherente de la inculturación, a la cual se hace referencia a menudo como a un principio que debe respetarse al adaptar la revelación a los diversos contextos en los que se anuncia el Evangelio. El ingreso de la Palabra de Dios en las culturas es un hecho que siempre ha acompañado a la historia de la evangelización. Se pueden descubrir en estos dos mil años aspectos positivos de intuiciones y logros que han llevado a una maduración de la cultura universal. Desafortunadamente, no han faltado hechos inquietantes que han comprometido la acción misionera. La inculturación, sin embargo, es una condición de la cual no se puede prescindir, so pena de la eficacia de la predicación. La valorización de la cultura en la cual se lleva a cabo el anuncio cristiano es un criterio fundamental, porque lleva a reconocer, ante todo, los aspectos positivos que, en cualquier caso, son “semillas del Verbo” presentes en todas partes para posibilitar la recepción de la propuesta cristiana. A partir de estos elementos comunes, se abre un diálogo fructífero que permite superar los obstáculos y alcanzar objetivos que consienten una maduración real de la cultura.

Sin embargo, se presenta la exigencia de entender los criterios que debe tomar en cuenta el nuevo camino de la evangelización. Por un lado, obviamente hay que reconocer que Jesús, entrando en la historia y la cultura de su tiempo, asumió sus formas expresivas. Es igualmente cierto, sin embargo, que Jesús imprimió en la historia un lenguaje que a menudo estaba en completa discontinuidad con la cultura de su tiempo. Esto significa que era muy

consciente de introducir novedades con su comportamiento que tenían un genuino valor revelador. Jesús, en efecto, usó lenguajes que chocaban radicalmente con la forma de pensar de sus contemporáneos. Esto, sin embargo, era necesario porque tenía que expresar la originalidad de su revelación. Este lenguaje de Jesús no puede ser modificado hoy en nombre del respeto a las culturas sin invertir la primacía de la Palabra de Dios en favor de la interpretación de los hombres. Los ejemplos podrían ser muchos, pero algunos pueden ayudar a entender el gran desafío que esto implica.

Es bien conocida la concepción de los judíos con relación a la sangre. En ella está presente la vida y, junto con la carne, define los rasgos esenciales de la antropología del antiguo pueblo judío. En esta convicción se basa la prohibición absoluta de alimentarse de la sangre (cf. Gn 9,4; Lv 3,17; 7,26; 17,10-14). Puesto que la vida del hombre reside en la sangre, cuando se derrama, esto equivale a clamar venganza, porque atestigua la violencia que suprime la vida. A pesar de esta comprensión, Jesús no dudó en usar expresiones que chocaban completamente con la mentalidad común de sus contemporáneos: «El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día. Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí, y yo en él» (Jn 6, 54-56). El lenguaje es ciertamente paradójico; sin embargo, expresa el pensamiento y el actuar de Jesús: cada vez que se bebe ese vino consagrado, se bebe la sangre del Señor. Este lenguaje, a pesar de su incomprendibilidad, ha sido asumido y se ha convertido en normativo, porque Jesús mismo lo usó. ¿Quién podría cambiar el pan y el vino para celebrar la santa eucaristía por otras sustancias más cercanas a la cultura de un pueblo, sin pretender modificar un elemento constitutivo de la revelación? De la misma manera, en la oración del Padrenuestro, ¿podría alguien permitirse la arrogancia de cambiar la invocación “Padre” por “Madre” u otro término para entablar un diálogo elusivo, sin pensar que modifica el lenguaje mismo con el que Jesús habló de Dios? En suma, nadie puede cambiar la novedad

de la revelación como emerge del lenguaje directo de Jesús, sin asumir una arrogancia que destruiría en primer lugar a quien la profesara, además de hacer vano el acontecimiento de la revelación en su originalidad.

Tal vez pueda ser útil la reflexión que san Juan Pablo II hacía a este respecto, subrayando los méritos y las limitaciones de la cultura con referencia a la revelación:

Una cultura nunca puede convertirse en un criterio de juicio y menos aún en criterio último de verdad con respecto a la revelación de Dios. El Evangelio no es contrario a esta o aquella cultura como si, al encontrarla, quisiera privarla de lo que le pertenece y obligarla a asumir formas extrínsecas que no se ajustan a ella. Por el contrario, el anuncio que el creyente lleva al mundo y a las culturas es una forma real de liberación de todo desorden introducido por el pecado y, al mismo tiempo, es una llamada a la verdad plena. En este encuentro, las culturas no sólo no se ven privadas de nada, sino que son estimuladas a abrirse a la novedad de la verdad evangélica para obtener de ella un estímulo para futuros desarrollos (*Fides et ratio* 71).

La Palabra de Dios, por lo tanto, debe permanecer con esa huella original, única e inagotable de significado que Jesús le imprimió con toda su persona al querer revelar al Padre y ofrecer la salvación.

## LA RESPUESTA A LA PALABRA DE DIOS

### *La escucha*

Cuando Dios habla, la primera respuesta requerida es el silencio de la escucha. Esto parece obvio, pero este es un tema relevante no solo para la fe, sino para la cultura contemporánea en general. En nuestros días, de hecho, parece prevalecer, especialmente en los debates que tienden a llegar a un gran público, una forma de expresión que favorece la interrupción, la superposición y cualquier otra cosa con la intención de evitar que el interlocutor exprese su pensamiento. Este fenómeno sólo atestigua un movimiento de no escuchar al otro. Nos detenemos en una palabra sin considerar el contexto, o bien, se pretende haber entendido ya la intención del interlocutor y luego se le contraponen la propia versión. Allí donde se ha teorizado la primacía de la opinión sobre la verdad, está claro que también entra en duda el respeto a las posiciones de los demás. Cuando todo se coloca en el mismo nivel, sin una jerarquía de juicio, que emerge de la relación con la verdad, es obvio que crece la arrogancia del más astuto o de quien posee mayor dialéctica. Todo esto no significa, como algunos afirman bárbaramente, que se haya alcanzado un alto nivel de “democracia”, donde cada uno piensa y dice lo que cree, siempre y cuando no perjudique a nadie. El primer daño que se sigue, de hecho, está

en relación con uno mismo; imbuido de subjetivismo, ya no se es capaz de distinguir entre el bien y el mal.

Desde las primeras palabras, la *Dei Verbum* permite descubrir el valor del silencio como condición necesaria para que la “palabra” pronunciada tenga su valor y alcance su significado. «En la escucha religiosa de la Palabra de Dios y proclamándola con firme confianza» (DV 1), atestigua la respuesta coherente frente a la revelación. El valor del silencio no será nunca suficientemente sopesado. No debe confundirse con la falta de palabras; se identifica, en cambio, con la voluntad de comprender mejor lo que se dice. La Sagrada Escritura es tan rica en silencio que fácilmente podría ser definida como el libro del “silencio de Dios”. Justamente así. Para descubrir la riqueza contenida en los textos sagrados es fundamental analizar el silencio que contienen, porque bajo la acción del Espíritu Santo abren horizontes inesperados. El obispo Ignacio, primer sucesor de San Pedro en la Iglesia de Antioquía, se hizo artífice de esta dimensión cuando escribió:

Es mejor callar y ser, en lugar de hablar para no ser. Es bueno enseñar si el que enseña hace. Así que sólo hay un maestro que habló, y lo que dijo se hizo; pero las cosas que hizo callando son dignas del Padre. Quien posee la palabra de Jesús puede escuchar también su silencio para que sea perfecto y pueda obrar a través de las cosas que dice y ser conocido por medio de las cosas que calla (*Carta a los Efesios XV, 1-2*).

A la Palabra de Dios que ha sido revelada, por lo tanto, es necesario responder con la fe que acoge en sí el Misterio de Dios. La Constitución habla de «obediencia de la fe» (DV 5). La obediencia es la otra cara de la escucha. En el lenguaje de Pablo, los dos términos no hacen sino explicitar su pensamiento sobre la fe. El Apóstol está convencido de que la fe se puede lograr si se acoge su predicación, que encuentra su fundamento en la Palabra misma

del Señor. Por eso habla gustosamente de «fe que viene de la escucha» (Rm 10,17), creando una impresionante circularidad: la fe proviene de la escucha de la palabra de predicación y conduce a la obediencia; del mismo modo, la obediencia de la fe implica escuchar la Palabra del Señor. En resumen, con la fe, el creyente se abandona plenamente a Dios, con todo su ser, y cree que la Palabra a él dirigida proviene verdaderamente de Dios para salvarlo.

No se puede olvidar, sin embargo, que la primera en ser llamada a acoger, escuchar y creer en la revelación es la Iglesia. Un gran teólogo que fue nombrado experto en el concilio, colaborando en la misma redacción de la *Dei Verbum*, Henri de Lubac (1896-1991), comentaba:

Estas dos primeras palabras que darán el nombre a la Constitución doctrinal sobre la Revelación divina, resumen con gran precisión su objeto. Se trata de la Palabra de Dios. En el texto oficial, están escritas enteramente en mayúsculas: por lo tanto, no es posible especificar si designan la Palabra de Dios en general, tomada en un sentido más o menos abstracto, o sí, en cambio, ya indiquen directamente a ese Jinete blanco del Apocalipsis que lleva el nombre de la Palabra de Dios y que tiene una espada en la boca, la Palabra personal, Palabra de vida (Ap 19,3; Jn 1,1), la única Palabra del Padre, «Sabiduría viviente e Hijo de Dios» (Orígenes, *Contra Celsum* 1, 3), «Esplendor de su gloria e imagen de su sustancia...» (Heb 1,3), en definitiva, Cristo Jesús. Tal vez sea apropiado dejarlas en su indeterminación, porque incluso a continuación la Constitución no tardará en aclararlas (*La rivelazione divina*, Milán 1985, 8).

Ya sea que la *Dei Verbum* quiera indicar uno u otro significado mencionado por el teólogo, lo que emerge una vez más es el silencio que la Iglesia está llamada a guardar ante la revelación.

Revelando el Misterio de la propia existencia personal, Dios se abre a la

vida de comunión con Él. Esta es la profunda verdad de la revelación. Sólo quien acoge al Logos y tiene familiaridad con la Palabra de Dios puede convertirse en su heraldo verdadero y creíble. Queda claro por qué Pablo puede escribir a los efesios que ya no somos «más extranjeros ni forasteros, sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios» (Ef 2,19). La comunión que se crea es un don y un ofrecimiento de salvación que encuentra su culmen en el Misterio Pascual de Jesús muerto y resucitado. Esta comunión de vida no es una teoría ni da paso a la retórica. Es la condición fundamental exigida a la Iglesia no sólo en su relación con Dios, sino en virtud de ésta como criterio y estilo de vida para todos los creyentes en Cristo. Esto es lo que se desprende de la Constitución sobre la Iglesia *Lumen gentium* cuando afirma: «A Dios le agradó santificar y salvar a los hombres no por separado y sin ningún vínculo entre ellos, sino que quiso constituirlos en un pueblo que lo reconociera en la verdad y lo sirviera en la santidad» (LG 9).

La reflexión, por tanto, es la Palabra de Dios dirigida a la Iglesia que, en el silencio de la escucha, debe crear posteriormente las condiciones para una respuesta coherente al ofrecimiento que se le dirige. Cuando Cristo habla a la Iglesia, su esposa, espera de ella la respuesta adecuada para ser en el mundo «de algún modo el sacramento, es decir, el signo y el instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano» (LG 1).

### *La triple respuesta*

Se pueden esquematizar brevemente tres respuestas que la Iglesia realiza. La primera que salta a la vista consiste en el narrar. La Palabra de Dios relata los diversos eventos que constituyen el acontecimiento de la salvación. No se piense que la narración es sólo una técnica literaria; en efecto, mientras la Iglesia anuncia la Palabra de Dios narrando las diversas etapas de la historia de la salvación, al mismo tiempo debe involucrar al interlocutor para que

pueda responder con la fe. Es propio de la narración, de hecho, la esfera de la implicación y la petición de participación. Sin este horizonte narrativo, se estaría ante una separación entre el acontecimiento de la revelación y la vida personal de cada uno; ésta no sería tocada a nivel existencial y quedaría ajena a la llamada, privándola del carácter salvífico. El valor narrativo de la Palabra no impide ver en ella su forma normativa para la vida de la Iglesia. Aquí, de hecho, en la unidad basilar que vincula el evento con su significado, se encuentran expresados los acontecimientos de cada hombre. El carácter histórico de la Palabra de Dios exige verificar que las expectativas de la criatura encuentran respuesta, desde el momento que Dios habla y se deja involucrar en la vida cotidiana, llevando a cumplimiento el sentido de la existencia.

Un segundo elemento consiste en el evocar. Esto es peculiar del lenguaje litúrgico cuando la Iglesia se encuentra frente al Misterio y comprende el límite de sus propias palabras y la imposibilidad de poder decirlo todo. Aquí surge la conciencia de evocar y entrar más en los signos que expresan lo que dicen. No hay que subestimar que la *Dei Verbum* creó un paralelismo entre la Sagrada Escritura y la Eucaristía. Este paralelismo gira en torno a la imagen del “alimento” del que la Iglesia se convierte en la responsable en primera persona. La veneración de las Sagradas Escrituras en cuanto Palabra de Dios no debe entenderse como un simple acto formal que coloca los textos en un espacio cultural de respeto. Lo que se dice es mucho más. La veneración, de hecho, implica la necesidad de comprender que esa Palabra es la regla suprema de la fe que se celebra. En el contexto litúrgico, por lo tanto, la Palabra de Dios que se proclama evoca eficazmente la exigencia de una escucha siempre nueva y más capaz de conformar la vida de los creyentes a la “voz del Espíritu”.

Una reacción final se expresa en la *performatividad*. El lenguaje performativo por su naturaleza, cuando se pronuncia, obliga a cualquiera a involucrarse y comprometerse en lo que dice. La Palabra de Dios es un lenguaje performativo. Como se ha visto, es una Palabra que crea y transforma. La

performatividad de la Palabra también involucra al creyente cuando la escucha, porque se siente llamado a seguir a Cristo, convirtiéndose en su discípulo. La *Dei Verbum* recuerda esto cuando afirma:

En los libros sagrados, el Padre que está en los cielos con gran bondad amorosa viene al encuentro de sus hijos y entra en conversación con ellos; en la Palabra de Dios, pues, están contenidas una eficacia y una fuerza tan grandes, que constituyen para la Iglesia apoyo y vigor, y para los hijos de la Iglesia firmeza de fe, alimento del alma, fuente pura y perenne de la vida espiritual (DV 21).

En otras palabras, la llamada a ser testigos veraces de la Palabra de Dios compromete a la Iglesia, sobre todo, para que, en el anunciar el Evangelio, sea siempre fiel a su Señor y viva de manera coherente con su llamada. Cada creyente, sin embargo, está igualmente involucrado, porque es consciente de ser un signo visible y tangible del amor de Dios que transforma la existencia.

## LA PALABRA DE DIOS CORRE

### *La carrera*

La *Dei Verbum* está frecuentemente llena de rasgos poéticos. Esto no debería sorprender. La poesía y el arte, al final, son el lenguaje que expresa en modo coherente el Misterio evocando pensamientos y contenidos a los que la razón por sí sola no podría dar una respuesta. En este horizonte se inserta también la conclusión de la Constitución conciliar cuando dice:

Así, con la lectura y el estudio de los libros sagrados, es «que la Palabra de Dios completa su carrera y es glorificada» (2 Ts 3,1) y que el tesoro de la revelación, confiado a la Iglesia, llene cada vez más el corazón de los hombres. Como de la asidua frecuencia del misterio eucarístico toma fuerza la vida de la Iglesia, así se puede esperar un nuevo impulso de vida espiritual de la creciente veneración de la Palabra de Dios, que «permanece para siempre» (Is 40, 8; 1 Pe 1, 23-25) (DV 26).

La cita del texto de Pablo de la segunda carta a los Tesalonicenses permite verificar la descripción de la Palabra de Dios en forma personificada, como si fuera capaz de realizar una

carrera. Varias veces los textos del Nuevo Testamento recurren a la imagen del correr. Esta imagen tiene la intención de evocar el entusiasmo y la prisa de llevar a todos la Palabra de Dios. Entre muchos, un ejemplo relatado por el libro de los Hechos de los Apóstoles es significativo. Se hace referencia al diácono Felipe que estaba “sentado” en su casa; el Espíritu le pide “ir al encuentro” del etíope que de Jerusalén regresaba a casa y leía el libro del profeta Isaías sin entender a fondo el significado. Felipe se hace repetir la invitación dos veces, y mientras el Espíritu no ha terminado de hablar todavía, “corre” hacia el etíope para anunciarle la salvación y ofrecerle el bautismo (cf. Hch 8,26-31).

El tema de la carrera, sin embargo, trae a la mente lo que sucedió después del anuncio de Pascua. El evangelista relata que ante la preocupación de María Magdalena por haber visto removida la piedra del sepulcro, Pedro y Juan fueron apresuradamente al sepulcro (cf. Jn 20,1-10). La historia es bien conocida y la carrera de Pedro y Juan no difiere de la que todo creyente está llamado a realizar para dar testimonio de la resurrección, una vez que se ha implicado seriamente en la experiencia de la fe. El evangelio, sin embargo, parece querer dar un significado particular a la carrera más rápida de Juan y a la más lenta de Pedro; ambos corren, pero uno llega antes que el otro. No se aleja uno mucho de su significado si se interpreta la carrera del apóstol más joven como el signo de amor que en primer lugar descubre la novedad que contiene la Pascua. Pedro, y con él toda la institución que representa, es más lento; probablemente agobiado por el peso de la autoridad y del servicio diario que debe prestar, está más afanado y su retraso ralentiza la conciencia de la novedad pascual. En cualquier caso, se confirma que el amor siempre llega primero e intuye que el misterio del sepulcro vacío es sólo el preludio de un testimonio que cambiará el rumbo de la historia. Precisamente porque ama, sin embargo, Juan no entra inmediatamente en la tumba; espera a que Pedro lo alcance para que él, en primer lugar, pueda cruzar el umbral y comprender el acontecimiento, convirtiéndose en su primer testigo. La

carrera de los dos es desigual por la edad, pero el fin es idéntico para ambos: la maravilla y el asombro del sepulcro vacío se transforman en una ansiedad por la comunicación que no tiene comparación alguna. Desde Jerusalén hasta llegar a Roma, la carrera de Pedro y Juan no conocerá más descanso. Su expresión: «no podemos dejar de hablar» (Hch 4,20), pronunciada ante los jefes de los sacerdotes y ancianos del pueblo, que prometían liberarlos con la condición de que ya no anunciaran más la resurrección de Jesús, es testimonio de una fe que será el fundamento perenne del *kerygma*.

Hasta el don total de la vida, los apóstoles y discípulos del Resucitado estarán llamados a hacer suyas las palabras de Pablo cuando escribe: «Hubiéramos deseado transmitirles no sólo el Evangelio de Dios, sino nuestra propia vida» (1 Ts 2,8), para dar testimonio al mundo de un acontecimiento que tiene algo de irreal, pero que es el comienzo de una ininterrumpida historia de evangelización que perdura hasta nuestros días.

### *La evangelización*

La *Dei Verbum*, al presentar el gran tema de la Palabra de Dios, se convierte también en una provocación para reflexionar sobre la misión propia de la Iglesia y de cada creyente: la evangelización. Un texto de la Constitución lo afirma sin medias tintas: «Así, Dios, que habló en el pasado, no cesa de hablar con la esposa de su Hijo amado, y el Espíritu Santo, por medio del cual la viva voz del Evangelio resuena en la Iglesia y a través de ella en el mundo, guía a los creyentes a la verdad plena y hace que en ellos more abundantemente la Palabra de Cristo» (DV 8). Esta solicitud de marcado carácter misionero provoca en todos los creyentes una doble reflexión.

La primera es la invitación a tomar en serio el valor de la Palabra de Dios en la vida de la Iglesia. La Sagrada Escritura puede ser el libro más vendido en el mundo, pero al mismo tiempo el más cubierto de polvo en los estantes de la casa. No basta con poseer la Biblia si no se convierte en una Palabra

que cada día provoca a los creyentes a dejarse modelar para orientar su vida cristianamente. «La ignorancia de la Sagrada Escritura es ignorancia de Cristo», afirmaba con razón San Jerónimo. No se puede negar que, como resultado de la Constitución conciliar, han surgido tantas iniciativas en el mundo para conducir a los bautizados a tomar de nuevo entre sus manos la Sagrada Escritura para dar fundamento y apoyo a su fe. El Domingo de la Palabra de Dios instituido por el papa Francisco con la carta *Aperuit illis* (2019), es ciertamente una respuesta a la petición de la *Dei Verbum*, sin embargo, todavía se requiere mucho trabajo y entusiasmo para que puedan renacer en los cristianos el interés y la pasión para enraizar en la Palabra de Dios la propia vida. Esta Palabra debe difundirse entre las personas, los pueblos, en las calles de nuestras ciudades, entrar en nuestras casas y allí encontrar el espacio de escucha y acogida para que traiga la salvación. Sólo en la medida en que sea posible permitir un diálogo verdadero y coherente con la Palabra de Dios, con su asidua frecuentación, entonces todo creyente habrá realizado el servicio que le viene del bautismo. Todo creyente en Cristo, en efecto, es diácono de esta Palabra, llamado a prestar el servicio de la obediencia fiel y libre.

Una segunda reflexión, no menos importante, deriva de este texto de la *Dei Verbum* y toca la instancia de verdad de la Palabra de Dios. Se ha demostrado ampliamente cómo el tema de la verdad está omnipresente en los documentos conciliares. Un ligamen particular, sin embargo, es establecido por la *Dei Verbum* entre la Palabra de Dios y la verdad. Prescindir de esta conexión íntima sería malinterpretar no sólo todo el documento, sino el cristianismo mismo y su pretensión de llevar al mundo la revelación definitiva de Dios a la humanidad con la encarnación de Jesucristo. Si la misión de la Iglesia ignora la cuestión de la verdad, entonces su propuesta de fe no podría ser original. Lo que impulsó a los Apóstoles desde el principio a la misión, de hecho, fue la profunda convicción de que el *kérygma* poseía en sí una fuerza tal de verdad y salvación, que no podía permanecer encerrada

en el ámbito de un solo pueblo. Si el martirio de Esteban hizo comprender a los Doce que las palabras de Jesús poseían un valor que iba más allá de las fronteras de Israel, la acción misionera de Pablo fue ciertamente una fuerza motriz para dar un impulso universal a la Iglesia naciente. En esta acción misionera no hay distinción; todos están llamados a convertirse en ministros de la Palabra y sus servidores en virtud del bautismo recibido.

Se debería acoger con fuerza y convicción esta temática y sacar las debidas conclusiones. En un tiempo como el nuestro, en el que emerge un fuerte deseo de verdad, en medio de un confuso relativismo y un flujo permanente de noticias falsas alimentadas consecuentemente por fuertes poderes, dirigir la mirada a la Palabra de Dios como palabra de verdad no es algo obvio ni inútil. Sólo con esta condición se puede llegar a percibir su esencial novedad y su valor insustituible para la vida personal. En la medida en que la Palabra de Dios es verdadera, entonces puede pedir la obediencia de la fe, porque es creíble y digna de ser seguida. Como se ha visto en las páginas precedentes, cuando uno se coloca ante la Palabra de Dios, lo que se realiza es una conversación sincera entre dos “amigos”, donde uno se siente interpelado en lo que constituye la esencia de la propia existencia personal: la respuesta a la pregunta sobre el sentido de la vida. La Palabra de Dios permite realmente comprender la verdad sobre la propia vida y abre espacios de libertad inimaginables. Nadie puede encerrarse dentro de una fortaleza inaccesible, porque el riesgo de no encontrar la felicidad se vuelve inminente y se pierde la oportunidad de amar y ser amado. La Palabra de Dios ofrece horizontes de sentido que van más allá de nosotros mismos para llegar al misterio del amor que cada uno percibe como necesario e insustituible.

Se trata, por tanto, de comprender si la Constitución conciliar en estos decenios ha dado realmente alas a la vida de la Iglesia para hacer de la Palabra de Dios su fuente única y originaria desde la cual todo debe ser regulado. Los primeros en hacer un serio examen de conciencia, a este respecto, son los obispos. Como enseña la *Dei Verbum*: «El Magisterio [...] no es superior

a la Palabra de Dios, sino que la sirve, enseñando sólo lo que ha sido transmitido, en la medida en que, por mandato divino y con la asistencia del Espíritu Santo, escucha piadosamente, guarda santamente y expone fielmente esa Palabra, y de este único depósito de la fe extrae todo lo que se propone creer como revelado por Dios» (DV 10). Inmerso cada día en tantas cuestiones que a menudo no son las más esenciales, puede suceder que al final del día también el obispo deba preguntarse si su ministerio fue anunciar y dar testimonio de Jesucristo.

El lugar privilegiado para que la Iglesia comprenda la verdad profunda de la Palabra de Dios sigue siendo la eucaristía. Los padres conciliares en la conclusión de la Constitución han hecho intencionalmente por segunda vez un paralelismo entre la Palabra de Dios y el banquete eucarístico: «Así como la vida de la Iglesia toma fuerza de la participación en el misterio eucarístico, así es legítimo esperar un nuevo impulso de vida espiritual a partir de la creciente veneración de la Palabra de Dios» (DV 26). Parecen querer decir que la Palabra de Dios trae consigo los efectos creativos que dan existencia al Cuerpo Místico. Esta, de hecho, es la realidad que permanece visible ante los ojos de nuestros contemporáneos. La conciencia de ser un signo visible de Cristo, que sigue viviendo en el misterio eucarístico, debería provocar en los creyentes ser cada vez más signo de unidad, de amor y una llamada a la participación. Así como la Eucaristía alimenta la vida de la Iglesia para hacerla signo de la presencia de Cristo en el mundo hasta su regreso, así la Palabra de Dios debe alimentar la vida de los creyentes para que su testimonio permanezca como una forma creativa y visible de la vocación de transformar el mundo para convertirlo en una ciudad “confiable” para todos, donde cada uno se siente amado por el único e insuperable amor que proviene de la Trinidad.

### *Prefacio*

1. En la escucha religiosa de la Palabra de Dios y proclamándola con firme confianza, el Santo Concilio hace suyas estas palabras de san Juan: «Les anunciamos la vida eterna, que estaba con el Padre y se nos manifestó: les anunciamos lo que hemos visto y oído, para que también ustedes estén en comunión con nosotros, y nuestra comunión sea con el Padre y con su Hijo Jesucristo» (1 Jn 1,2-3). Por eso, siguiendo las huellas de los concilios Tridentino y Vaticano I, desea proponer la auténtica doctrina sobre la revelación divina y su transmisión, de modo que para el anuncio de la salvación el mundo entero escuchando, crea, creyendo, espere, esperando, ame.

### *Naturaleza y objeto de la revelación*

2. A Dios le agradó en su bondad y sabiduría revelarse en persona y manifestar el misterio de su voluntad (cf. Ef 1,9) mediante el cual los hombres por medio de Cristo, el Verbo hecho carne, tienen acceso al Padre en el Espíritu Santo y son hechos partícipes de la naturaleza divina (cf. Ef 2,18; 2 Pe 1,4). Con esta revelación, en efecto, el Dios invisible (cf. Col 1,15; 1 Tim 1,17) en su gran amor habla a los hombres como amigos

(cf. Ex 33,11; Jn 15,14-15) y se entretiene con ellos (cf. Bar 3,38), para invitarlos y admitirlos a la comunión con Él. Esta economía de la revelación comprende hechos y palabras íntimamente ligados, de modo que las obras realizadas por Dios, en la historia de la salvación, manifiestan y refuerzan la doctrina y las realidades significadas por las palabras, mientras que las palabras proclaman las obras e ilustran el misterio contenido en ellas. La verdad profunda, por tanto, que esta revelación manifiesta sobre Dios y la salvación de los hombres, resplandece para nosotros en Cristo, el cual es a la vez mediador y la plenitud de toda la revelación.

#### *Preparación de la revelación evangélica*

3. Dios, que crea y preserva todas las cosas a través del Verbo (cf. Jn 1,3), ofrece a los hombres en las cosas creadas un testimonio perenne de sí mismo (cf. Rm 1,19-20); además, queriendo abrir el camino a una salvación superior, desde el principio se manifestó a nuestros primeros padres. Después de su caída, con la promesa de la redención, les dio la esperanza de la salvación (cf. Gn 3,15), y cuidó continuamente del género humano, para dar la vida eterna a todos aquellos que buscan la salvación por la perseverancia en la práctica del bien (cf. Rm 2,6-7). En su tiempo, llamó a Abraham para hacer de él un gran pueblo (cf. Gn 12,2); después de los patriarcas, enseñó a este pueblo a través de Moisés y los profetas, para que pudieran reconocerlo como el único Dios vivo y verdadero, el Padre providente y justo juez, y permanecer en la espera del Salvador prometido, preparando así a lo largo de los siglos el camino al Evangelio.

#### *Cristo completa la revelación*

4. Después de hablar en varias ocasiones y de diversas maneras a través de los profetas, Dios «en esta etapa final, en nuestros días, nos ha hablado por

medio de su Hijo» (Heb 1,1-2). En efecto, envió a su Hijo, es decir, el Verbo eterno, que ilumina a todos los hombres, para habitar entre los hombres y explicarles los secretos de Dios (cf. Jn 1,1-18). Jesucristo, por tanto, el Verbo hecho carne, enviado como “hombre a los hombres”, «habla las palabras de Dios» (Jn 3,34) y lleva a término la obra de salvación que le ha confiado el Padre (cf. Jn 5,36; 17,4). Por lo tanto, viéndolo a Él, se ve también al Padre (cf. Jn 14,9), por el hecho mismo de su presencia, y por la manifestación que hace de sí mismo con palabras y obras, con las señales y los milagros, y especialmente con su muerte y resurrección entre los muertos y, finalmente, enviando el Espíritu de verdad, realiza y completa la revelación y la corrobora con el testimonio divino, a saber, que Dios está con nosotros para liberarnos de la oscuridad del pecado y de la muerte y resucitarnos para la vida eterna. La economía cristiana, por lo tanto, en cuanto es la nueva y definitiva Alianza, nunca pasará, y no debe esperarse ninguna otra revelación pública antes de la manifestación gloriosa de nuestro Señor Jesucristo (cf. 1 Tm 6,14 y Tt 2,13).

#### *Acoger la revelación con fe*

5. A Dios que revela se debe «la obediencia de la fe» (Rm 16,26; cf. Rm 1,5; 2 Cor 10,5-6), por el cual el hombre se abandona todo entero y libremente, prestándole «plena obediencia del intelecto y la voluntad» y asintiendo voluntariamente a la revelación que hace. Para poder dar esta respuesta de fe, es necesaria la gracia de Dios que se adelanta y ayuda, y con los auxilios interiores del Espíritu Santo, que mueve el corazón y lo dirige a Dios, abre los ojos del espíritu y da «a todos dulzura en el consentir y creer la verdad». Para que la comprensión de la revelación sea cada vez más profunda, el mismo Espíritu Santo perfecciona continuamente la fe por medio de sus dones.



## **CUADERNOS DEL CONCILIO 2**

Se terminó de imprimir en XXXX de 2023  
en Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.,  
Centeno 162-1, Col. Granjas Esmeralda,  
Iztapalapa, C.P. 09810, Ciudad de México.

La edición consta de XXXX ejemplares más sobrantes para reposición.